

seguía los juegos ilícitos y los vicios contra las buenas costumbres. En la misma sesión, en que se dió posesión al alguacil mayor de su empleo, se tomó el acuerdo de que los doce regidores se turnasen, por turno de cuatro individuos y de cuatro meses, en la dirección de los negocios municipales, como salubridad, ornato, abasto, pesos y medidas, seguridad y orden público en el municipio.

Arreglado el gobierno municipal de la ciudad, se pensó en dar principio al trazo material de ella.¹ Desde luego se convino que habría una plaza mayor en el centro de la población, y en el mismo lugar que ocupaba el gran cerro y adoratorio del poniente, el cual se habría de allanar de modo que formase un cuadro: de la plaza mayor saldrían cuatro calles principales, dos de oriente á poniente y dos de norte á sur: en contorno de la plaza mayor habría de haber portales para comodidad de los traficantes: de los solares de los cuatro costados de la plaza, el del oriente se reservó para levantar la iglesia Catedral; el del norte, para casa real y habitación de los gobernadores; el del poniente para casa del ayuntamiento y edificios concejiles, tales como matadero, pósito, alhondiga y carcel; y el del sur lo reservó D. Francisco de Montejo, el mozo, para vivienda de su padre: las calles habían de ser anchas y rectas, de modo que pudiesen en ellas correr y maniobrar los caballos, y fuese fácil defenderse contra los indios.

Trazadas las calles, se formaron manzanas de cuatro solares cada una, conforme á un plano le-

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 222 y 331.

vantado por el mismo D. Francisco de Montejo, en un gran pergamino firmado de su nombre, y que entregó al ayuntamiento para que guardase en su archivo. En este plano estaban señalados los solares con el nombre del vecino ó conquistador á quien cada uno de ellos había sido adjudicado. A cada adjudicatario se le impuso la obligación de edificar en su solar casa de buenos cimientos y paredes de mampostería, con vastos patios donde pudiese conservar sus caballos y bestias de servicio. La exigencia de amplitud en los patios era ineludible, porque todo vecino estaba obligado á tener en casa, además de un juego completo de armas, un caballo bien nutrido y listo para el servicio. Habían de tener también vacas de vientre, cuatro bueyes, dos novillos, una yegua, una puerca, ovejas, gallinas y todo el personal necesario para el cuidado de estas bestias. Las casas debían fabricarse cercanas entre sí de modo que pudiesen servir de defensa en caso de ataque de los indios. Provisionalmente cada vecino levantó en su solar toldos, enramadas ó casas de paja, entretanto podía edificar las de piedra. Se señaló terreno para arrabales y ejidos de la nueva ciudad, con extensión suficiente, á fin de que, creciendo el número de habitantes, no faltase espacio donde los nuevos pobladores formasen sus casas y hubiese dehesas y pastos que surtiesen de forraje al ganado caballar.

El trece de Enero de 1542,¹ el alguacil mayor Cristóbal de San Martín promovió en sesión del ayuntamiento que se levantase un cadalso público

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 223.

para la ejecución de malhechores. Son dignas de conservarse sus palabras al hacer la iniciativa: dijo así: «Que porque los moradores y habitantes vivan en paz, y no cometan delitos, pedía que con voz de pregonero, á altas voces, se pronuncie el arbol de justicia y cuchillo para castigo de los malhechores y ejemplo de los vivientes, y que así lo pedía de parte de su Magestad.» El ayuntamiento unánimemente dió buena acogida á la proposición, y acordó que en aquel mismo día el escribano de cabildo hiciese pregonar públicamente la inauguración del cadalso y horca, señalando por sitio donde plantarse, uno de los cerros del oriente, lugar que después se allanó y fué conocido con el nombre de campo de Marte.

La necesidad de la alimentación diaria del ejército exigía que piquetes de soldados saliesen en busca de provisiones por los pueblos comarcanos, pues los indios no las traían voluntariamente en cantidad bastante. Uno de estos piquetes, que rondaba por el rumbo del sueste, descubrió á lo lejos muchedumbre de indios que caminaban en dirección á T-hó:¹ siendo los españoles pocos en número, se replegaron inmediatamente á su campamento y dieron aviso al capitán general. Este se puso en seguida en guardia, y se aprestó á la defensa, como que sospechaba que aquella multitud que ya desde la cima del cerro se distinguía en lontananza, no podía tener otro fin que embestirle y desalojarle de sus posiciones. Se distinguían las filas apretadas de guerreros mayas que lentamente se iban acercando á la

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 212, 213 y 214.

ciudad, y en medio de ellos sobresalía un jefe sentado en unas andas que cargaban sus súbditos. Aquel guerrero que venía en andas no podía ser sino el cacique ó capitán que debía dirigir la batalla; no había sino prepararse á la pelea vendiendo cara la vida, ó triunfando contra la temible hueste. El capellan Francisco Hernández, juzgando inminente el combate, tomó una santa cruz y poniéndola en alto, hizo que todos, soldados y capitanes, la adorasen reverentemente, encomendando su alma á Dios, como que de seguro para muchos debían ser aquellos los últimos momentos de la vida. Todos se arrodillaron devotamente y oraron en silencio: fué aquel un instante solemne pensando cada cual que era como de transición á la eternidad; luego levantándose con brío y coraje, tomaron sus armas, y el capitán general dió las disposiciones que creyó prudentes. Su propósito era permanecer en el cerro del poniente á la expectativa: allí había reconcentrado sus fuerzas, y según que el adversario manifestase sus planes, así había él de desarrollar su defensa. El plan fué previsor, pues no tardó en descubrirse que los indios que se acercaban no venían de guerra sino de paz; era el cacique de Maní que venía con los nobles y señores principales de su provincia, y gran multitud de gente del pueblo, á cimentar una alianza duradera y definitiva con el representante del monarca español.

En la cima del cerro, en pié y formados, esperaban los españoles la señal de romper el fuego; abajo caminaban en silencio los indios ostentando al brillo del sol sus arcos, flechas, lanzuelas, rodela de varillas, y plumeros. Venían los indios vestidos con

unas jaquetillas de algodón, sin mangas, y de muchos colores; por capas, llevaban pintadas mantas anudadas al hombro; y estaban fajados con unas bandas tejidas de hilo de algodón de un palmo, de ancho, que dando muchas vueltas por el cuerpo, dejaban colgantes por delante y atrás los extremos adornados con plumas, caracoles y aun cabezas de víboras. Llevaban los cabellos quemados en el centro, en forma de corona, y sobre la frente algunos mechones levantados con una venda, en forma de cresta; otros llevaban los cabellos entrenzados por atrás, formando guirnalda al rededor de la cabeza; su calzado eran alpargatas de cuero de venado ó de henequén. Al llegar al pié del cerro, el cacique de Maní bajó de las andas, arrojó al suelo su arco y flechas, é hizo señal con las manos de que venía de paz: sus vasallos, imitándole, depusieron en el suelo sus armas, y tocando la tierra con los dedos, los besaban. Cayó entonces el velo de los ojos de los españoles, respiraron libremente, y se llenaron de júbilo: aquel poderoso rey, su comitiva insigne, aquellos varones de rostro aguerrido, eran amigos que venían á saludarlos; no enemigos encarnizados que desearan beber la sangre de sus adversarios.

El cacique de Maní empezó á subir al cerro, y cuando estaba á punto de alcanzar la cima, bajó á su encuentro D. Francisco de Montejo. El cacique saludó con profunda inclinación de medio cuerpo al guerrero español, y éste, dándole la mano con franca amistad, semblante amable, le condujo á una casa de paja que le servía de aposento. Allí, por medio de intérprete, se recrearon los dos generales en gratísima plática y conversación. Tutul Xiu dió

rienda suelta á sus expansiones; se confesó subyugado por la valentía y constancia española; se manifestó deseoso de convertirse al cristianismo, insinuando que quería presenciar alguna de las prácticas del culto cristiano. Solícito Montejo en complacerle, conferenció con el padre Hernández acerca de la ceremonia eclesiástica que más decorosamente podía verificarse en presencia del príncipe maya y convinieron en que la práctica piadosa que más cuadraba al intento de satisfacer su curiosidad, é impresionarlo favorablemente, era la adoración de la santa cruz, tal como se practica anualmente el viernes santo en la iglesia católica. Tutul Xiu se asoció devotamente á los españoles, y como ellos, después de tres genuflexiones, se acercó á besar la cruz.

Todo era júbilo en el campamento español con la adquisición de este gran amigo, tan inclinado no sólo á abrazar firmemente la alianza española, sino lo que era más consolador, á permitir y recibir la enseñanza de la doctrina evangélica. Era la perspectiva del completo triunfo sobre los mayas, y del cimiento del poder español en la península de Yucatán, por el cual tantos años se había peleado con tesón. Todos, á porfia, se ostentaban afables, benévulos, dulces, con el cacique de Maní y se esmeraban en servirle y halagarle: él por su parte tampoco fué corto en las demostraciones de afecto; llevó un gran presente de pavos, venados, frutas y pan de maíz elaborado de diversas maneras. La abundancia reinó en el campamento, y después de las hambres que los españoles habían pasado, fué éste un alivio y refrigerio que alegró los corazones.

Desde el 23 de Enero de 1542,¹ en que vino á Mérida Tutul Xiu, no se separó de la ciudad, sino dos meses después. Permaneció con los españoles en agradable consorcio, dándoles amistosos consejos, y ayudándoles en proporcionarse bastimentos. Con su auxilio, se inició la fábrica de casas de mampostería que eran de necesidad urgente. Pasados dos meses, se despidió de Montejo, y volvió á Maní con su regia comitiva de nobles y señores, entre los cuales se contaban: H-Napot-Xiu, hijo de Tutul Xiu, H-Ziyáh, gobernador sacerdote, y H-Kin-Chi, los cuales se dice que eran tenientes de Tutul Xiu, en la cabecera de Maní; Yi-Ban-Can, gobernador del pueblo de Tekit; Pacab, gobernador del de Oxkutzcab; Kan Caba, del de Panabchén; que hoy está despoblado; Kupul, de Sacalum; Nauat, de Teab; Uluac-Chan-Cauich, Jon-Ceh, de Pencuyut; Ahau-Tuyú, de Muna; Xul-Kumché, de Tipikal; Tukuch, de Mama, y Zit-Couat, de Chumayel.

Entre los regalos que Tutul Xiu quiso hacer á los españoles, hay uno característico y que puso la base de la inferioridad social de los mayas: dióles criadas y criados indios que les sirviesen en toda clase de trabajos domésticos, agrícolas y de guerra. Desde entonces, cada español se creyó con derecho á tener criados indios á su disposición, y aunque al principio los nobles y señores mayas trataban de igual á igual con los españoles, vivían y aun se

¹ Cogolludo asienta que la venida de Tutul Xiu á Mérida se verificó el 23 de Enero de 1541; pero no hemos podido aceptar esta fecha, á causa de que no concuerda con la fecha en que D. Francisco de Montejo, el mozo, entró en Yucatán. En efecto, es un hecho comprobado que D. Francisco de Montejo, el mozo, desembarcó en Champotón el año de 1540, víspera de Navidad, y así era imposible que el 23 de Enero de 1541 estuviese en Mérida.

vestían como ellos, el tiempo fué borrando las prerogativas y estableciendo un nivel de inferioridad sobre la raza maya, que impidió la completa amalgama de las dos razas, dejando sólo lugar las más veces á cruzamientos ilegítimos que dieron nacimiento á la raza mestiza en que se ven fundidos los caracteres más prominentes de ambas progenies: la paciencia infatigable, la perseverante laboriosidad y el valor tenaz y sereno.

Al despedirse Tutul Xiu de sus nuevos amigos había hecho una promesa que no quiso olvidar: ofreció que llegando á Maní despacharía enviados á los caciques de los territorios colindantes de sus dominios con la misión de hacerles conocer las ventajas de la alianza española, y persuadirles que el partido más discreto era entrar en composición con Montejo, ya que á pesar de la resistencia obstinada que habían opuesto, el jefe español persistía en permanecer en el país. A juicio de Tutul Xiu, era preferible salvar por medio de la paz algunas prerogativas y derechos, que perderlos todos en una derrota y final destrucción de la autoridad maya. Él nada había perdido con la paz, su autoridad había sido reconocida y confirmada, continuaría gobernando á su pueblo con toda libertad, y podía abrigar la seguridad de transmitir á sus descendientes el poder que había recibido de sus antepasados: su pueblo había asentido plenamente al arreglo con Montejo: no se les había de forzar á cambiar de religión; se les pedía únicamente el prestarse dóciles á escuchar la predicación de la nueva doctrina religiosa, conservando su libertad para aceptarla ó no: pagarían un tributo; pero nada nuevo encontraban

en la exigencia; estaban acostumbrados á satisfacerlo á sus caciques, y con que no fuese demasiado gravoso, no lo repugnaban: además les ofrecían dejarles sus casas y solares y respetar á sus mujeres é hijos.

Cumpliendo su oferta, Tutul Xiu despachó por embajadores á los mismos caciques que le acompañaron en su viaje á Mérida, y cuyos nombres ya hemos citado. Les ordenó que fuesen primero á la corte de los Cocomes de Zotuta, y que desempeñada su comisión ante Nachi Cocom, pasasen á visitar á Cupul, en Chichen-Itzá.

No sabemos como Tutul Xiu se decidió á dar semejante paso con los Cocomes, de quienes el pueblo de Maní tenía sobradas muestras de enemistad: reciente estaba la sangrienta alevosía con que los habían tratado en tiempo de H-Pulá-Napót-Xiu; sin embargo Tutul Xiu, ó demasiado imprevisor, ó asaz oficioso con los españoles, envió sus embajadores á Nachi Cocom de Zotuta, y no tardó en arrepentirse de su irreflexión.

Nachi Cocom recibió á los embajadores en Zotuta, y enterado del objeto de su viaje, no quiso resolver inmediatamente: prometió responder en cuatro ó cinco días, entretanto consultaba á sus caciques feudatarios, á quienes llamó violentamente á la capital del cacicazgo. El fiero señor de Zotuta, aunque mostrándose afable y cortés, meditaba en silencio una iniquidad sin nombre, con la cual iba á saciar sus instintos de rencor y odio.

Hizo gala de benevolencia con los embajadores de Maní, y los invitó á una gran partida de caza que terminaría con un banquete en un sitio llamado

Otzmal. ¹ Nachi Cocom acudió á la cacería acompañado de un séquito numeroso y brillante que cortejaba á los embajadores de Maní, quienes en su mayor parte cazadores de montería, estaban contentísimos de la invitación.

Penetraron los cazadores á los más espesos bosques y se entretuvieron tres días completamente entregados á los placeres de la caza. Al cuarto día, se dirigieron á un llano umbrío, fresco y delicioso, llamado Otzmal, en cuyo centro se levantaba un árbol de zapote, verde, frondoso, y cuyos brazos largos y extendidos en forma circular, formaban como un cenador ameno: fué el lugar escogido para el banquete espléndido conque debía terminar la fiesta. El holgorio empezó desde la mañana con músicas y bailes variados que se sucedían casi sin intervalo: por la tarde se sirvió la comida sobre esteras de junco tendidas bajo el follaje del zapote: las piezas más ricas de la caza fueron presentadas guisadas y aderezadas al uso maya: abundaban las bebidas de maíz solo ó mezclado con cacao, y el hidromel hecho con la raíz del balché. Sentados en torno de los petates, Nachi Cocom y demás caciques de Zotuta, con los embajadores de Maní, comieron y bebieron á sabor, y al final de la comida, cuando ya las libaciones frecuentes habían hecho perder el sentido á los convidados, aparecieron unos guerreros con el rostro y brazos pintados, mitad negro y mitad rojo. las orejas horadadas, y atravezadas por cañutos con colgajos de metal, y los cabellos largos sueltos y desgredados: cogieron á los inermes em-

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 215.

bajadores de Maní, y tranquilamente los degollaron uno á uno junto á los bordes mismos de la estera del banquete, confundiéndose en horrorosa mezcla la sangre de las desgraciadas víctimas con las viandas del convite: sólo uno de los embajadores se salvó de la muerte, el sacerdote H-Kin-Chi, que testigo de la espantosa escena, fué reservado para llevar la fúnebre noticia á su tierra natal. Ni aun con él se quiso ser clemente; la furia infernal de Nachi Cocom no podía estar en sosiego si uno solo de los embajadores de Maní hubiese quedado incólume; su odio, mezcla de ira patriótica y de rencor de familia estaba en paroxismo mientras no corriese la sangre de todos los embajadores del enemigo tradicional de su familia, del príncipe que había hecho alianza con el invasor extranjero: mandó que á H-kin-Chi sacasen los ojos con una flecha, y que luego, secretamente lo condujesen hasta las goteras de la población más próxima del territorio de Maní y allí le abandonasen á su suerte.

El infeliz sacerdote, presa de agudos dolores, manando sangre por los ojos, fué expuesto, á los albores del día, solo y sin amparo, en las afueras solitarias del pueblo más inmediato al territorio de Zotuta. Caminaba á tientas en la densa oscuridad en que estaba sumergido, y hacía resonar los bosques y solares circunvecinos con sus quejidos y clamores que partían el corazón. Quiso su buena suerte que fuese escuchado por unos labriegos que no lejos de allí vivían, y que atraídos por sus voces lastimeras, le encontraron en su miserable situación. Fueronse de espaldas los labriegos al reconocer en aquel desventurado al gran sacerdote de Maní,

H-kin Chí. Con gran reverencia lo acogieron y lo llevaron á presencia de Tutul Xiu, quien sobrecogido de pavor, lleno de coraje, estremeciéndose agitado por el deseo de la venganza, escuchó la narración del fin desastroso de sus embajadores.

La embajada había pues fracasado, desenlazándose en una tragedia sangrienta que pedía un castigo pronto, eficaz y adecuado al tamaño de la ofensa. Tutul Xiu en otra época hubiera convocado á sus soldados y entrado sin demora al territorio de Zotuta; pero contando ya con un aliado poderoso, no quiso dar un paso sin ponerse previamente de acuerdo con él. Envió aviso á Montejo de los asesinatos de Otmal, advirtiéndole que era necesario y urgente tomar desquite ruidoso contra Nachi Cocom, hasta abatir su soberbia y arrogancia. Al mismo tiempo, le comunicaba que en Zotuta se estaba levantando un ejército que no tardaría en ir á atacarle en compañía de las fuerzas de otros caciques del oriente que se habían coaligado con Nachi Cocom, jurando acabar con todos los españoles si no se salían del territorio maya.

Al recibir Montejo tan graves noticias, andaba muy satisfecho, no solamente por la alianza del cacique de Maní, sino también por la completa sujeción de los cacicazgos de Zipatán, Chakán y Ceh-Pech, en los cuales ningún alboroto era de temerse. Estaba pensando en iniciar el sojuzgamiento de los cacicazgos orientales.

El capitán general Montejo empezó á tomar las medidas congruentes en orden al castigo que proyectaba contra Nachi Cocom, pues no quería dejar impune la ofensa tan grave hecha á su aliado, y

con ocasión del servicio que tan desinteresadamente quiso prestarle. Mientras se disponía la salida de un capitán con un grueso de soldados capaz de intimidar á Nachi Cocom, no se descuidaba arreglar todo lo concerniente á la policía y buen gobierno de la ciudad. Todavía los vecinos vivían en casas de paja y toldos, pues la fábrica de las casas de mampostería iba despacio. Ciertamente los caciques amigos proporcionaban albañiles y trabajadores; pero se trabajaba con lentitud: temían fatigar á los indios amigos por el exceso de la labor, y retraer á otros de toda amistad con los españoles por el temor de verse sometidos al gravamen de un trabajo forzado y penoso. Se había levantado ya una iglesia de paja,¹ en el lado oriental de la plaza mayor, y allí decía misa, y administraba los santos sacramentos de la iglesia católica el padre Francisco Hernández, capellan del ejército expedicionario.

El 14 de Abril de 1542, renunció su encargo el alcalde ordinario Alonso Reynoso, por urgencia que tuvo de salir de la península, y fué preciso llenar la vacante que dejaba, esta vez el nombramiento se hizo con toda legalidad: el ayuntamiento, en sesión plena y por unanimidad, eligió para sucesor de Reynoso al maestro de campo Francisco de Bracamonte, á quien por sus méritos se guardaba mucha consideración.

El 25 del mismo mes de Abril, D. Francisco de Montejo, el mozo, hizo rematar los diezmos que el rey había autorizado cobrar, aun cuando no hubiese obispo, destinándose su producto para fabri-

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 221.

car templos, hacer ornamentos y sustentar á los clérigos encargados del ministerio eclesiástico en la nueva colonia. La autorización se había dado por una cláusula de las capitulaciones, en el concepto de cobrar lo que fuese necesario á sostener aquellos gastos, según la apreciación que hiciesen el tesorero y el contador real; mas como estos empleados no existían en Mérida, D. Francisco de Montejo, el mozo, decretó por sí solo que todos los españoles vecinos de Mérida pagasen el diezmo de las gallinas, maíz y frutas que consumían en sus casas, y también por estos mismos géneros, por la cera y el cacao, cuando fuesen objeto de especulaciones mercantiles. El ayuntamiento no recibió bien el decreto, y por medio de su procurador interpuso contra él apelación, sosteniendo que el diezmo sólo se debía pagar, según las leyes y costumbres de España, por el producto de las cosechas y granjerías, y no por las especulaciones mercantiles, ni menos aún por los donativos que se recibían de los indios para el sustento diario.

Los diezmos, por concesión de varios sumos pontífices, pertenecían en España á la real corona, con la carga de proveer á la sustentación de los obispos, de los canónigos y curas de las catedrales, y de atender á todos los gastos de ornamentos y cosas necesarias al culto divino. La ley civil ordenaba en aquella época que todos los vecinos de cada lugar pagasen el diezmo de las labranzas y crianzas de las especies y en la forma que era costumbre pagar. A fin de cumplir esta ley, Montejo, á falta de costumbre, dió un decreto fijando las especies sobre que debía pagarse. El decreto encontró

viva oposición en los vecinos de Mérida, y el ayuntamiento, haciéndose eco de esta oposición, impidió la ejecución de la medida, apelando para ante la Audiencia de los Confines.

La reyerta de los diezmos fué apagada por un asunto más grave: como había avisado Tutul Xiu, el cacique de Zotuta no había perdido tiempo, sino que se había ocupado en organizar el levantamiento de todos los indios orientales, á fin de caer sobre el ejército de Montejo y aplastarle. Tenían un precedente en el cual la victoria les había sonreído, y esto los estimulaba: habían sitiado á los españoles en Chichen-Itzá y los habían obligado á levantar el campo y ponerse en fuga. Quisieron repetir la hazaña en T-hó, y para que el éxito fuese seguro, se propusieron reunir el mayor número posible de combatientes. Nachi Cocom envió emisarios á todos los caciques del oriente, y tanto hizo para levantarles el ánimo, que por el mes de Junio de 1542, las cercanías de la ciudad de T-hó estaban ocupadas por gentío inmenso congregado de los cacicazgos de Zotuta, Cupul, Cochuah, Chauac-há y Ekab. Documentos antiguos dicen que los guerreros llegaban á 60,000; y los que menos dicen, los hacen subir hasta 40,000.¹

El 10 de Junio de 1542,² la ciudad de T-hó es-

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 217.

² Cogolludo coloca este suceso el 10 de Junio de 1541, y tampoco podemos aceptar su aserto por la misma razón antes apuntada. La probanza de García de Medina, comprueba que D. Francisco de Montejo, el mozo, entró en Champotón, vispera de Navidad de 1540, y en seis meses no podían haberse desarrollado todos los sucesos de las campañas que hemos referido; sobre todo, cuando se sabe que Montejo, estuvo haciendo estancias prolongadas, en espera de refuerzos, antes de emprender la conquista de la provincia de Chakán.

taba sitiada por este inmenso ejército de indios y los españoles, reducidos al cerro del poniente, aguardaban el rompimiento de la embestida poderosa que se preparaba. Los indios no atacaron inmediatamente después de llegados; descansaron en la tarde y noche del diez, y esperaron el 11 para iniciar la batalla.

Al amanecer, Montejo, desde la altura que ocupaba, distinguió perfectamente las posiciones del enemigo, y comprendió que su número era excesivo: se veía como un bosque de cabezas humanas al rededor del campamento; no le fué difícil penetrar que para luchar en tan desiguales proporciones, no había más recurso que aprovechar las ventajas de las armas de fuego y la caballería. Apenas notó que las fuerzas enemigas se ponían en movimiento, hizo bajar á toda la caballería y á los ballesteros, apostándolos con orden de arremeter con furia á los escuadrones enemigos en el momento propicio, y á la primera señal, Los ballesteros eran sostenidos por la caballería, y protegidos por los arcabuceros que permanecían en la cima del cerro.

Se trabó una de las batallas más reñidas de la conquista, peleándose por una y otra parte con desprecio absoluto de la vida, con resolución firmísima de acabar al enemigo. Estaban allí los jefes mayas más denodados á la cabeza de sus súbditos: estaban allí Nachi Cocom, mandando á los indios de Zotuta; Cupul, á los de Cupul; Nacahum-Cochuah, á los de Tihosuco y su comarca. Montejo no quería dejarse sitiar; le repugnaba prolongar indefinidamente la lucha y exponerse á un fracaso como el de Chichén-Itzá. Se propuso desbaratar ese mismo día

las huestes contrarias y ponerlas en fuga, y á este fin no perdonó medio alguno que estuviese en su mano. Movilizó repetidas veces su caballería, empujándola á dar cargas impetuosas con que aplastaba cuanto se le oponía al paso. Los indios, pisoteados, atropellados, atolondrados, aturridos, no acertaban á luchar con aquellos caballos irresistibles que partían más veloces que los dardos, y contra quienes no tenían ni el recurso de la fuga. Las lanzas y espadas de los ginetes hicieron gran carnicería no solamente en los que encontraban á su paso, sino en multitud de indios que desesperados se arrojaban sobre los caballos, como queriendo detenerlos, y se ensartaban como bagres en las relucientes armas. Los arcabuceros, por su lado, aprovechaban su pólvora, dirigiendo sus tiros á la compacta multitud que atronaba el aire con vocinglería horrorosa. Sin embargo, los claros que se hacían en las filas de los indios, se llenaban con otros soldados de refresco; los guerreros se multiplicaban, y semejaban tan abundantes como las hojas de los árboles de la selva circunvecina. Los que por estar rezagados no podían entrar en la liza, se entretenían en hacer albarradas con qué defender la retirada de las filas avanzadas. Por fortuna, la ciudad era un gran llano desmontado, y la caballería podía maniobrar á perfección y sin obstáculo: flanqueaba las albarradas y trincheras, salía por la espalda de los combatientes, y con sus repetidas cargas no dejaba tregua á los indios. Así, se fueron replegando paso á paso, hasta que en la tarde la derrota se convirtió en fuga precipitada. La caballería los persiguió largo trecho; pero esta persecución tuvo sus

embarazos: el campo estaba sembrado de cadáveres, y lugares había en que montones de indios muertos y apilados cerraban el camino. El escarmiento fué terrible, y todos los indios que sobrevivieron no pararon hasta llegar á sus selvas orientales. La pujanza castellana se afirmó definitivamente con esta victoria que, cruenta para los mayas, costó á los españoles seis caballos, algunos soldados muertos y muchos heridos.

El resultado de la victoria fue inmejorable en favor de los intereses de los conquistadores: produjo sensación profunda entre los mayas, y la persuasión se extendió entre ellos de que era imposible luchar con aquellos titanes invencibles. Cuando creían que no quedaría español vivo después de la batalla de T-hó, los contemplaban triunfantes, ufanos, absorbidos por la elación de vencedores. Los mayas, al contrario, ó blanqueaban el suelo con sus despojos, ó llenos de espanto escondían su despecho en las selvas del oriente. Era indeclinable uncir la cabeza bajo el yugo ó morir triturados por la masa del invasor: poblaciones numerosas prefirieron aceptar el yugo que el capitán general Montejo se complacía en presentarles bajo apariencias de blandura y suavidad.

Entre los que prefirieron la paz á los azares de la guerra, descuella el cacique principal de la provincia de Hocabá-Humun llamado Nacul-Iuit,¹ que optó por reconocer el dominio español, sometiéndose con todo su cacicazgo á la obediencia del rey de

¹ *Relación de Melchor Pacheco, encomendero de Hocabá, de 1.º de Enero de 1581.*

España. Este acontecimiento tuvo mucha resonancia en la península, pues su reputación de atrevido capitán era generalmente reconocida: en las guerras se había mostrado esforzado y valiente, y con dotes sobresalientes para dirigir una campaña: su voz era muy escuchada y considerada, y su enojo hacía temblar aun á los más osados.

Sometióse igualmente á Montejo H-kin-Canul,¹ caudillo y capitán general de los pueblos de Bolonpohche y Zitilpech, con más de trescientos indios vasallos suyos.

¹ *Relación de Juan de Paredes, hijo del conquistador Lucas de Paredes, encomendero de los pueblos de Cizil y Zitilpech.*

CAPITULO XVIII

D. Francisco de Montejo, el mozo, envía á su padre la relación de la campaña de Ceh-Pech y Chakán.—El adelantado confiere poder á su sobrino para la conquista de los cacicazgos orientales.—Campaña contra Zotuta, Cupul, y Chauac-há.—Nacahum-Nok, cacique de Zaci.—Permanencia de D. Francisco de Montejo, el sobrino, en T-coh.—Sumisión del cacique de T-coh.—Embajada del cacique de Chikinchel.—Fundación de la villa de Valladolid en el asiento de Chauac-há.—Correría por el cacicazgo de Zotuta.—Riesgo de muerte en que se vió Alonso Rosado.—Rendición de Nachi Cocom á D. Francisco de Montejo, el mozo.—Continua la organización municipal de la ciudad de Mérida.—Fundación de la cofradía de Nuestra Señora de la Encarnación.—Se prohíbe la salida de los españoles de Yucatán, sin dejar escudero sustituto.—Elecciones de alcaldes y regidores en el año nuevo de 1543.—Rebelión de los Cupules y Cochuahes.—El capitán Francisco de Zieza sale de Valladolid á atacar á los Cupules.—Prisión de H-kin-Caamal.—D. Francisco de Montejo, el sobrino, va á tomar posesión del cacicazgo de Ekab y de la isla de Cozumel.—Se vuelven á levantar los Cupules, y hacen alianza con los Cochuahes.—Marcha de Montejo, el sobrino, desde Polé hasta Zaci.—Ordena al capitán Francisco de Zieza que invada el cacicazgo de Cochuah.—Llegada del capitán Zieza á Tabi.—Reunión de los dos Montejos con el capitán Zieza en Tabi.—Ataque vigoroso al cacique Nacahum-Cochuah.—Sumisión de este cacique, y agregación de su cacicazgo á la jurisdicción de la villa de Valladolid.—D. Francisco de Montejo, el sobrino, se vuelve á Valladolid.—D. Francisco de Montejo, el mozo, regresa á Mérida, donde se le hace un solemne recibimiento.—Bautizo de su primogénita, D.^a Beatriz de Montejo, primera meridana de la raza española.—Expedición de Pedro Alvarez al cacicazgo de H-kin-Chel.—Quema en Yobain treinta y seis ó cuarenta indios principales.—Disgusto que causó su inhumana conducta.—Pedro Alvarez renuncia su encargo de alcalde y va á México, en donde la audiencia le abre un proceso.—Primera procesión el día de Corpus Christi.—Se nombra y se despacha un procurador de la ciudad de Mérida en la corte de Madrid.—Voto del ayuntamiento de Mérida á San Bernabé Apostol.—Arribo á Campeche de un buque cargado de mercancías.—Dificultad de comprarlas por falta de moneda.—Se suscita la cuestión de la esclavitud de los indios prisioneros.—Conducta circunspecta de D. Francisco de Montejo, el mozo, en